

Tan extraordinarias proposiciones hechas por una muger, fueron examinadas con toda la circunspeccion conveniente. El Pontífice por último las creyó inspiradas por el cielo, exhortó á aquella virgen animosa á una egecucion pronta, la admitió desde luego á la profesion, y la nombró abadesa general de todas las hermanas suyas que quisiesen abrazar la reforma. Justificó el éxito plenamente esta conducta despues de algunos años de prueba.

13. Mientras Benedicto se ocupaba, al entrar en Italia, en estas funciones edificantes, la legacion del cardenal de Chalant se miraba en Francia como un nuevo artificio para prolongar el cisma, con pretesto de estinguirle (1). No le hicieron ningun honor de los debidos á su carácter, y aun le negaron por bastante tiempo la audiencia. Cuando llegó el caso de concedérsela, persuadiéronse todos de lo que habian presumido, pues no hizo mas que ensalzar el celo aparente de su amo á favor de la union, y en particular sus diligencias para pasar á Roma, y concluyó con asegurar que el fin del cisma dependia de la constancia con que permaneciesen adictos á aquel Papa. El doctor Juan Petit, que como veremos muy pronto, adquirió una celebridad escandalosa con sus máximas detestables acerca del tiranicidio, respondió, de acuerdo con los Príncipes, que habiendo violado Benedicto todas sus promesas, daba á entender muy bien el error que se habia cometido, restableciendo con

(1) *Hist. anon. ap. Labour. p. 539.*

tanta precipitacion, por intriga de algunos particulares, la obediencia abandonada anteriormente con tanta madurez y unanimidad. Despues hizo una viva pintura de las vejaciones que sufría la Francia á causa de aquel Papa, y de la indigencia á que habian reducido sus colectores á los eclesiásticos del reino, y concluyó proponiendo la necesidad de libertarla de las vejaciones de la corte Pontificia, de condenar con severidad una carta en que la universidad de Tolosa se decidia de todo punto á favor del Papa Benedicto, tratando de delito la substraccion de la obediencia, y el observar esta substraccion con mas puntualidad que en ningun tiempo.

Hubo grandes debates en la asamblea, y algunos individuos de ella, contra quienes habia sospecha de que tenian parte en las exacciones de Benedicto, defendieron su partido con un ardor que cohonestaron con el colorido especioso de defender los derechos de la Silla apostólica. No sabiendo los Príncipes que resolucion deberian tomar en semejante contrariedad de opiniones ó de intereses, remitieron la decision al parlamento como acostumbrado á discusiones espinosas, y poco interesado en unas disputas que solo podian ser útiles á los eclesiásticos y á sus dependientes. El abogado general Juan Juvenal de Ursinis, padre del arzobispo de Rhems, que escribió la historia de Carlos VI, pidió, despues de referir en compendio lo que se habia alegado anteriormente por una y otra parte,

la ejecución de la propuesta de Juan Petit en los tres puntos que abrazaba. Espidieron desde luego un decreto del parlamento contra la carta de la universidad de Tolosa, escrito en verdad temerario é injurioso á la parte mas numerosa y mas ilustre de la nacion (1). En cuanto á los gravámenes impuestos á la iglesia galicana, no obstante de que eran temporales en sí mismos, los consideró aquel cuerpo sábio y religioso como relativos al régimen gerárquico y pertenecientes á lo que se llamaba entonces substraccion parcial de la obediencia. Y hasta que tuvo una orden formal del Rey, no quiso tocar este punto en presencia de muchos prelados y doctores. Espidió entonces otro decreto, que confirmó el Rey, suprimiendo aquellos impuestos en extremo gravosos. Mas faltaba aun decidir acerca de la substraccion total y absoluta, y el Rey puso este asunto en manos de la asamblea del clero.

Celebróse ésta en el mes de Noviembre del año 1406, y asistieron á ella sesenta y cuatro prelados entre obispos y arzobispos, muchos mas abades y un gran número de doctores en clase de diputados de las varias universidades del reino (2). Aunque la mayor parte de ellos sabian muy bien lo que debian pensar acerca de la conducta de Benedicto, dieron comision á doce doctores para que hablasen alternativamente en pro y en contra. No podria menos de causar fastidio la suma proligidad de las

(1) *Du Boul. t. 5. p. 119. et seq.* (2) *Du Chat. Hist. Conc. Const. Prueb. p. 94. et seq.*

pesadas y estravagantes arengas pronunciadas con este motivo, y así hemos cuidado de tomar de ellas y referir en los lugares oportunos las pocas anécdotas interesantes que contiene. Júzguese de lo que se pierde con esta omision, por los rasgos con que el doctor franciscano Pedro de Beufs creyó que hermosearía su discurso. Segun él, estaba figurado el cisma en el círculo ó cerco llamado *Halon*, que se vé algunas veces al rededor de la luna, y anuncia tempestades. La luna rodeada de este cerco, pero sin ser tocada de él, representaba el medio ó arbitrio de la cesion, á la cual no tocaban los dos Papas rivales, contentándose con andar al rededor en una línea circular que los dejaba siempre á igual distancia de ella, mientras que la Iglesia quedaba espuesta á las mas furiosas tempestades. Podremos observar aquí oportunamente, que las comparaciones é imágenes tomadas de las ciencias abstractas no son una invencion de los que en nuestros dias se llaman ingenios brillantes. Por lo menos adviértase que en todos tiempos pueden existir imaginaciones exaltadas y ridículas, sin que dejen de encontrarse juicios rectos y de sólida doctrina, y sin que se oscurezca la ciencia de la Religion.

Aun mas que el depravado gusto del franciscano debió admirar el papel que escribió el defensor del Papa Benedicto, esto es, el famoso obispo de Cambray Pedro de Ailli, tan fogoso en otro tiempo en perseguir á este obstinado Pontífice (1). Se esfor-

(1) *Du Boul. t. 5. p. 133. = Du Chat. p. 138.*

zó en probar que todos los pasos de Benedicto se encaminaban á la paz de la Iglesia; que era una temeridad sospechar que estaba inculcado en el cisma ó en la heregía, y que en las circustancias en que se hallaban, el único efecto que produciría la substraccion seria el de aumentar la discordia y la confusion entre los fieles. Estos principios, diametralmente opuestos á los de la universidad, causaron en ella una conmocion extraordinaria, y á no haber sido por la proteccion que dispensaban á Pedro de Ailli las cortes de Francia y de Aviñon, no hubiera podido libertarse de las persecuciones que se intentaron contra él. Tuvieron por conveniente oír tambien el dictámen del abogado general Juan Juvenal de Ursinis, el cual hizo un largo discurso por el mismo estilo que las arengas anteriores, y pidió que se decretase segunda vez la substraccion. Luego que concluyó, dió orden el canceller de Francia en nombre del Rey, para que se juntasen solos los prelados el dia siguiente á fin de terminar sus deliberaciones. Despues de algunos nuevos debates que se suscitaron en esta segunda asamblea, vencieron por último los partidarios de la substraccion, y se decretó que se pusiese por obra en los mismos términos que la primera vez. Mas recibieron á la sazón noticias de Italia, que no permitieron llevar á cabo este proyecto.

14. Habia muerto á 6 de Noviembre de 1406 el Papa Inocencio VII, y sabiendo sus cardenales que la corte de Francia se habia empeñado en pro-

porcionar la renuncia de Benedicto, en caso de que se suspendiese en Roma la eleccion de nuevo Papa, habian resuelto no precipitarse. Quiso pues el Rey escribirles ante todas cosas para persuadirles que perseverasen en una disposicion tan ventajosa á la Iglesia. Mas aquella idea de los cardenales romanos no habia sido mas que una veleidad que se desvaneció por un efecto de la inquietud habitual de su nacion, y del temor de las sublevaciones si la ciudad de Roma estaba mucho tiempo sin Soberano. Entraron en cónclave estos prelados en número de catorce el dia 18 de Noviembre; y el 30, dia de San Andrés, segun el testimonio espreso de Tieri de Niem que se hallaba presente, eligieron con el nombre de Gregorio XII al cardenal Angel Coriario, noble veneciano, de cerca de setenta años, y mas venerable por sus virtudes que por su edad (1). Éste fue el que durante el cónclave, inclinó principalmente á sus compañeros á poner un freno mas fuerte á la ambicion del que saliese electo: y debe creerse que este pensamiento no fue un celo afectado para llegar con mas seguridad á la dignidad Pontificia. Esta nueva obligacion contenia en efecto unos medios que se hubieran podido mirar como infalibles, si el amor de la prepotencia no tuviese ciertos recursos que no puede eludir toda la prudencia humana. El acta que se formó entonces, y que juraron observar todos los cardenales del cónclave, obligaba al que fuese elec-

(1) *Rain. ann. 1406. num. 11.*

to Papa á renunciar pura y sencillamente el Pontificado en caso de que su competidor hiciese lo mismo, ó muriese, ó los cardenales de Aviñon quiesesen unirse con los de Roma para la eleccion de un mismo Pontífice. Debian noticiarse por el nuevo Papa estas condiciones, en el término de un mes, á su competidor y á sus cardenales, y en el de tres meses á todos los Príncipes, prelados, universidades y comunidades de la cristiandad. Debian determinar el lugar propio para llevar á efecto la union, y durante esta negociacion, el Papa electo en último lugar no debia crear cardenales sino para igualar el número de los de la otra obediencia, á no ser que por culpa de su cabeza no se concluyese la union en el término de un año, contado desde que se hubiesen cumplido los tres meses señalados arriba. De suerte que el Pontificado no era mas que una especie de depósito en manos de Gregorio XII, hasta que le devolviese á los que se le habian confiado, para dar por este medio en la primera ocasion favorable una paz sólida á la Iglesia.

Dió á entender Gregorio con sus obras por algun tiempo, no menos que con sus cartas y discursos, que miraba su nueva dignidad con todo este desprendimiento. Despues de su eleccion y antes de cerrarse el cónclave, ratificó todo lo que se habia acordado en él; egecutó exactamente todo lo prometido, y suplicó á los cardenales que contribuyesen por su parte á que tuviese el mas pleno y cumplido efecto. Hablaba continuamente

de este objeto en sus conversaciones particulares. Cuando se trataba de hacer un bien tan grande á la Religion, no habia dificultades que le arredrasen, aunque para ello fuese preciso, á falta de galeras (así se esplicaba) pasar el mar en el primer barco que se encontrase, ó atravesar á pie las provincias y los reinos, si faltaban carruages y caballos. Con la noticia de estos discursos apoyados en algunas obras, los fieles que no habian alcanzado el grado de esperiencia que adquirieron despues, no dudaron de la proximidad de la paz, y se abandonaron á una alegría escesiva. Aplaudian la eleccion de Gregorio, y mirábanle como el feliz mediador destinado por Dios para restablecer la santa unidad; pero le conocian mal, y hasta entonces no se conocia Gregorio á sí mismo. Pudieron desengañarle las primeras pruebas, y ciertamente abrieron los ojos á todos los que no estaban ofuscados con el velo del interés.

15. Despues de muchas propuestas aparentes, y de otras tantas tergiversaciones por parte de los dos Papas, cuya conducta empezó á considerarse desde entonces como muy sospechosa, se resolvió que tuviesen una conferencia en la ciudad de Savona el dia de Todos-Santos del año 1407, en la cual debian renunciar uno y otro. Esta era la prueba decisiva que se preparó con infinito cuidado y diligencia, para conocer si procedian de buena fe, ó si solamente merecian el desprecio y el tratamiento reservado á los impostores que se burlan

de la Religión, ó se valen de ella como de un pretesto para lograr sus fines particulares. Hubo muchos mensajes y embajadas en Roma y en Provenza donde se hallaba Benedicto, ya en un parage ya en otro, sin que los asuntos que se trataban tomasen un curso mas rápido. En tres tentativas distintas que hicieron los embajadores de Francia, no pudieron lograr de Benedicto que confirmase por medio de una bula lo que habia ofrecido, es decir, abrazar la cesion. Alegó Gregorio por su parte un sin número de dificultades acerca del sitio de la conferencia, para la que habian señalado á Savona en el estado de Génova. Aparentaba unas veces que no gozaría allí la seguridad conveniente, y otras que no tenia bastantes galeras, ó que no estaban equipadas como correspondia, no obstante de que poco antes habia prometido con tanta ostentacion fiar su suerte, en caso necesario, al primer barco que se presentase. A proporcion que se mostraba mas opuesto á este viage, su astuto competidor daba á entender que deseaba mas que nunca ponerse en camino, y solo pretendia aumentar el recelo y la inquietud del tímido anciano, declarando que no era su ánimo desarmar sus galeras, á pesar de haberse estipulado formalmente esta condicion. Marchó pues con triunfo á Savona muchos dias antes de San Miguel, término señalado en primer lugar para la conferencia, y allí gozó algun tiempo del placer maligno de quedar superior á su rival en el cumplimiento de los tratados.

Entretanto, estrechado Gregorio por los embajadores de Francia, por las cartas y requirimientos de su competidor, por los consejos de los mas célebres juriscónsultos y por las exhortaciones de sus propios cardenales, se entregaba á los temores y á las irresoluciones propias de su edad, y á las sugeriones de sus parientes que querian por lo menos hacer su fortuna antes que renunciase. Prometia y se retractaba de un dia á otro, caminaba hácia el lugar de la conferencia, volvía luego á desandar lo andado, y algunas veces lloraba mostrando toda la debilidad de una decrepitud poco diferente de la infancia. En fin, pasó á Luca, en el ducado de Toscana, y prometió llegar hasta Petra-Santa, desde donde trataría por procuradores con Benedicto, el cual debia trasladarse y se trasladó en efecto á Porto-Venere en la costa de Génova, pero acompañado de sus galeras bien armadas. Gregorio objetó desde luego este armamento, y no llegó al parage destinado. Benedicto alegó tambien que quedaba aquí vencedor, como lo habia quedado en Savona, pero usando de circunspeccion y de una modestia politica, y elogiando la prudencia y piedad de su competidor, del cual decia que habia aceptado el compromiso por un movimiento de la gracia, y que al fin no podria menos de cumplir una obligacion tan santa y solemne: conducta ambigua que dió motivo para sospechar cierta colusion entre los dos Papas, con el designio de alejar la union y de con-

servar su dominio respectivo, de manera que se los miró como á dos campeones que se acercan al campo de batalla aparentando que desean lidiar con todo empeño, despues de haber convenido en no hacerse ningun mal, y que al retirarse se aplauden de haberse burlado de los espectadores, cuando no hicieron mas que escitar su risa (1).

16. Llegó por último el desengaño, especialmente en Francia, cuyo Monarca, por una real cédula de 12 de Enero de 1408 dirigida á todos los fieles declaró, que si no estaba concluida la union para el dia de la Ascension del mismo año, abrazaría la neutralidad con todo su reino. Al propio tiempo se escribieron cartas particulares á Benedicto y á Gregorio para notificarles esta resolucion. Aunque esto no era mas que egecutar con mucha lentitud lo que se habia determinado tan solemnemente, y debia admirar muy poco á Benedicto despues de haberse ya resuelto la substraccion con respecto á su persona, pareció no obstante que no habia previsto este golpe, segun la impresion que le hizo. Lo que puede creerse es, que si hubiera existido todavía el duque de Orleans, este protector poderoso y constante habria impedido segunda vez ó retardado á lo menos un desenlace tan terrible. Pero este Príncipe, hermano único del Rey, y el hombre mas hermoso, mas afable y mas elocuente de todo el reino, segun decian, fue asesinado por orden del duque de Borgoña, su primo her-

(1) *Niem. l. 3. c. 1. p. 313.*

mano, poco despues de haberse cumplido el término señalado á los dos Papas para dar fin al cisma: ¡asesinato monstruoso, en que la perfidia del asesino, los viles artificios de que se valió al principio para disimularle, y el descaró que manifestó despues parecia que habian llegado al estremo de la enormidad, hasta que en la persona de Juan Petit se vió un doctor que vendido á la iniquidad emprendió canonizarle á la faz del trono, de los Principes de la sangre y de las personas mas respetables que habia en el reino! El poder y la insolencia suspendieron por algun tiempo la voz de las leyes y de la virtud; pero en la indignacion con que toda la Francia condenó el falso dogma del tiranicidio, se vió muy pronto, que si es capaz de producir algunos monstruos, solo deben esperar éstos la execracion que merecen. La repeticion de tantos reveses y contratiempos hizo que Benedicto XIII desmintiese su carácter, el cual sobresalia principalmente en el arte de mostrarse atento y circunspecto; pues por la primera vez se abandonó á un furor que en el estado que tenian las cosas, se debe atribuir mas bien á la alteracion momentánea de sus facultades mentales que á un designio premeditado de trastornar la Francia á fin de sostenerse. Luego que recibió la noticia de la substraccion para el dia fijo de la Ascension de aquel mismo año, 24 de Mayo, envió directamente al Rey una bula fulminante, que además de las censuras, entredichos y privaciones de todo oficio y beneficio,